

La escritura cómplice

Juan García Ponce ante la crítica

Selección y prólogo de Armando Pereira



Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
Universidad Autónoma de México

Ediciones
Era

Índice

I. Presentación

Armando Pereira, Juan García Ponce y la escritura cómplice [11]

II. Obertura [23]

Juan García Ponce, Réquiem y elegía [25]

José Emilio Pacheco, Juan García Ponce [28]

III. Semblanzas [29]

Juan Vicente Melo, A propósito de Juan García Ponce: el nuevo lenguaje, la óptica distinta [31]

Sergio Pitol, Juan García Ponce [35]

Alejandro Toledo, La pasión literaria de García Ponce ha sido más intensa que veintitrés años de parálisis progresiva [37]

Elena Poniatowska, Juan García Ponce o la inteligencia frente al sufrimiento [44]

Carlos Monsiváis, La contradicción suspendida [46]

Emmanuel Carballo, Juan García Ponce: director espiritual de su generación [49]

Ángel Rama, El arte intimista de Juan García Ponce [54]

Huberto Batis, La obra literaria de Juan García Ponce [64]

Hernán Lara Zavala, Mirada e imagen [83]

José María Espinasa, Los laberintos del espejo [87]

IV. Teatro [97]

Luisa Josefina Hernández, Carta a Juan García Ponce [99]

José Emilio Pacheco, *El canto de los grillos* [102]

Carlos Monsiváis, *Doce y una, trece* [104]

Juan García Reyes, Una obra en busca de sí misma
(*Catálogo razonado*) [107]

v. Cuento [109]

John Bruce Novoa, Los cuentos de Juan García Ponce.

Primera época [111]

Rosario Castellanos, *La noche* [120]

Rita Murúa, El diálogo íntimo [124]

Octavio Paz, *Encuentros* de Juan García Ponce [126]

Daniel Goldin, Máscara y río, la risa del deseo. Hacia una moralidad de lo inmoral a partir de *Figuraciones* [130]

Graciela Martínez-Zalce, *Cinco mujeres*: De amores y nostalgias [137]

vi. Novela [143]

John S. Brushwood, Cuatro novelas de Juan García Ponce, imaginación e intelecto [145]

José de la Colina, La narración ensimismada [158]

Teresinha Alves Pereira, La búsqueda de Beatrice o de la salvación [166]

Graciela Gliemmo, *Crónica de la intervención*: el desnudo de una escritura [169]

Rafael Humberto Moreno-Durán, Juan García Ponce: la escritura como pasión y liturgia [180]

Alberto Ruy Sánchez, Voyeurismo y contemplación en *De Anima* [195]

Juan Antonio Rosado, Misticismo y existencialismo: una aproximación a *De Anima* [201]

Ignacio Trejo Fuentes, *Inmaculada* o la erección sin fin [210]

José Homero, Los días enmascarados [217]

Carmen Boullosa, El león, el panal y el gigante [222]

vii. Ensayo [227]

Inés Arredondo, *Cruce de caminos*, ensayos de Juan García Ponce [229]

Ramón Xirau, Hacia el descubrimiento de la aventura [232]

Julieta Campos, *Nueve pintores mexicanos* [235]

José de la Colina, La escritura cómplice [237]

Joaquín Armando Chacón, Juan García Ponce: entre la ficción y la realidad [241]

Guillermo Sucre, *La errancia sin fin*: Musil, Borges, Klossowski, de Juan García Ponce [246]

Alfonso D'Aquino, *Una lectura pseudognóstica de la pintura de Balthus*, de Juan García Ponce [252

Ricardo Pohlenz, *Ante los demonios* de Juan García Ponce. Disección de una novela [260

Roberto Vallarino, Acróstico en prosa para Juan García Ponce, demiurgo de lo invisible y lo sagrado [264

Armando Pereira, Bibliografía de Juan García Ponce [269

I. Presentación

Juan García Ponce y la escritura cómplice

I

A mediados de los años cincuenta, un grupo de jóvenes arrogantes y veleidosos hace irrupción en la escena de la literatura nacional. Más tarde se les conocería como la Generación de Medio Siglo y se tratarían de fijar algunos de los presupuestos y principios estéticos básicos que la conformarían como tal. Más que una generación de transición entre una cultura rural, ligada a los problemas de la tierra y heredera en buena medida de la novela de la Revolución Mexicana, y otra de carácter marcadamente urbano y cosmopolita, entonces apenas en ciernes, la Generación de Medio Siglo constituye más bien la consolidación de este segundo momento.

Muchos de sus integrantes venían de provincia, buscando tal vez, en la ciudad de México, un horizonte más amplio para desplegar sus inquietudes literarias. No hay datos precisos del impacto que la Capital pudo producir en ellos, pero no es difícil imaginar el deslumbramiento inicial que una ciudad como México (sobre todo si se la compara con las ciudades de provincia de entonces) seguramente provocó en esos jóvenes ávidos de experiencias artísticas y literarias que sus ciudades natales no habían podido colmar. Aunque, como dije antes, no abundan los testimonios sobre ese hecho, Huberto Batis y Juan Vicente Melo nos han dejado una breve semblanza de su llegada a la Capital y de su inserción en los ambientes literarios, siempre guiados de la mano de un Cicerone que les abriría las puertas de revistas y suplementos culturales y los pondría en contacto con otros escritores de su generación.¹

Aunque aparentemente azaroso, me parece que el encuentro entre ellos estuvo dictado más bien por la necesidad. Compartían demasiadas cosas para mantenerse ajenos entre sí: no sólo una misma voluntad de escribir, sino también una concepción semejante de la literatura. En 1956 se había publicado un libro de ensayos de Octavio Paz que fue esencial para todos ellos: *El arco y la lira*. En ese libro hay dos capítulos en particular –“La otra orilla” y “La revelación poética”– en los que Paz analiza una

¹ Véase Huberto Batis, *Lo que Cuadernos del Viento nos dejó*, Diógenes, México, 1984, y Juan Vicente Melo, *Juan Vicente Melo*, Empresas Editoriales, México, 1966.

serie de conceptos ligados a la poesía –lo sagrado, la otra orilla, la parte nocturna del ser, la noción de cambio o metamorfosis, la otredad, la extrañeza, el vértigo, la revelación, el rito, la reconciliación– que ellos inmediatamente hicieron suyos extendiéndolos al cuento y a la novela, al grado de convertirlos en una especie de poética inicial del grupo. De ahí que podría decirse que una amplia red de túneles y pasadizos secretos comunica la obra de Juan Vicente Melo e Inés Arredondo con la de García Ponce, Sergio Pitol, José de la Colina, Salvador Elizondo o Sergio Fernández, para citar sólo algunos casos.

Compartían, además, una decidida vocación crítica, que ya Paz había señalado también como una de las características esenciales de la literatura moderna, que los llevaría a cuestionar no sólo zonas específicas de la cultura mexicana, sino a esa cultura en su conjunto, como una totalidad. La crítica que todos ellos desarrollaron durante varios años en revistas y suplementos literarios abarcaba por igual la música, la pintura, el teatro, el cine, la poesía, el cuento, la novela y el ensayo. Podríamos afirmar que no hubo un solo territorio del quehacer intelectual que no hubiera sido tocado por la incisiva actividad crítica del grupo. En este sentido, Juan Vicente Melo señala: “Esta generación ha alcanzado una visión crítica, un deseo de rigor, una voluntad de claridad, una necesaria revisión de valores que nos han permitido una firme actitud ante la literatura, las otras artes y los demás autores. Cada uno de los miembros de esa supuesta generación [...] ha alcanzado [...] responsabilidad y compromiso con el arte. No es raro que todos nosotros, poetas, novelistas, ensayistas, nos preocupemos por la crítica de una manera que, desde hace algunos años, no existía en México”.²

Compartían, en fin, lecturas, intereses, anhelos y una misma voluntad de decir y decir libremente, fuera de los cauces convencionales y ajenos a las normas de la cultura establecida. Fue todo ello lo que les permitió establecer los canales de una comunicación y los fundamentos de una amistad que los integraría como grupo. Y allí, el papel que desarrollaría Juan García Ponce resultaría central (Emmanuel Carballo, concretamente, se ha referido a él como “el director espiritual de su promoción”).³

Habría que agregar también un aspecto sociológico e institucional que contribuyó sensiblemente a conformar ese imaginario generacional al que nos hemos venido refiriendo, pues, junto a voluntades e intereses afines, hubo también una serie de instituciones y publicaciones literarias que, en gran medida, promoverían y facilitarían su integración.

² Juan Vicente Melo, op. cit., pp. 42-43.

³ Emmanuel Carballo, Prólogo a *Juan García Ponce*, Empresas Editoriales, México, 1966, p. 7.

Entre las instituciones más destacadas en este sentido, figura el Centro Mexicano de Escritores. Fundado en 1951, por iniciativa de la escritora estadounidense Margaret Shedd, tendría como objetivo fundamental estimular la creación literaria de los escritores jóvenes a través de incentivos económicos y su *modus operandi* consistiría en reuniones semanales en las que los becarios leerían y discutirían colectivamente sus trabajos.

De mediados de los cincuenta a fines de los sesenta, entre los narradores de la Generación de Medio Siglo que gozaron del apoyo del Centro figuran: Jorge Ibargüengoitia (1954-1955 y 1955-1956), Tomás Segovia (1954-1955 y 1955-1956), Juan García Ponce (1957-1958 y 1963-1964), Inés Arredondo (1961-1962), Vicente Leñero (1961-1962 y 1963-1964), Carlos Monsiváis (1962-1963 y 1967-1968), Salvador Elizondo (1963-1964 y 1966-1967), Fernando del Paso (1964-1965) y José Emilio Pacheco (1969-1970), para sólo citar a algunos de ellos. Con la excepción de García Ponce, que renunció a la beca la segunda vez que se le otorgó y desde entonces mantuvo siempre una actitud crítica hacia el Centro,⁴ todos ellos coinciden en señalar la importante labor de apoyo, formación y conocimiento mutuo que tuvo el Centro en sus inicios como escritores. Inés Arredondo, por ejemplo, resume su paso por esa institución en una sola palabra: amistad.⁵

Otra institución no menos importante para la integración y consolidación del grupo fue la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, que en ese entonces estaba a cargo de Jaime García Terrés. Su función consistía principalmente en organizar conferencias, mesas redondas, recitales de poesía, exposiciones de pintura, conciertos, ballets, representaciones de teatro, funciones de cine y la publicación de libros a precios módicos a

⁴ “Me es difícil siquiera recordar qué es el Centro”, señala García Ponce en una entrevista de agosto de 1971. “Para mí es un sitio totalmente fantasmal que no me interesa en lo absoluto. No le veo ninguna relación con nada que sea importante dentro de la literatura. Hace ocho años tuve una beca y renuncié a ella, porque en general tanto los sistemas como las disciplinas que consideraba necesarias al escritor se me hacen lo contrario totalmente de las exigencias que la creación plantea para cualquiera que desee escribir en verdad. Desde entonces no sé nada del Centro ni me importa. Ahora no se me ocurriría renunciar a una beca, sino ni siquiera solicitarla. Me parece que es una institución burocrática, que sirve para que unos ilustres inútiles devenguen un sueldo y tengan una relación ligera con la literatura. El Centro tiene tanta relación con la literatura como la Secretaría de Recursos Hidráulicos”, en Margarita García Flores, “El Centro Mexicano de escritores cumple veinte años”, *La Cultura en México*, n. 495, 4 de agosto de 1971, p. 12. En su novela más reciente (*Pasado Presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993), García Ponce vuelve a referirse al Centro Mexicano de Escritores como una institución burocrática y autoritaria que, más que facilitar, inhibía las capacidades del joven escritor. En ella, incluso, Margaret Shedd aparece como la señora Sheet.

⁵ Manuel Núñez Nava, “El pan de cada día”, *Casa del Tiempo*, n. 11, julio de 1983, p. 18.

través de la Imprenta Universitaria, con el objeto de extender el patrimonio cultural universitario al conjunto de la sociedad mexicana.

Durante la gestión de García Terrés se puso en marcha el movimiento de Poesía en Voz Alta; se reanima la *Revista de la Universidad*, al grado de llegar a alcanzar uno de los niveles de calidad más altos en toda su historia; se funda la Casa del Lago; comienza a editarse la revista *Punto de Partida*; y se lanza la colección de discos Voz Viva de México, que recoge los testimonios de los escritores más representativos de nuestro país. Para llevar a cabo esta labor con eficiencia, García Terrés se rodea de varios de los integrantes de la joven generación hasta llegar a formar un equipo de colaboradores como nunca lo había tenido la Coordinación de Difusión Cultural: Tomás Segovia primero y más tarde Juan Vicente Melo, que sustituirían en el cargo a su fundador, Juan José Arreola, estuvieron al frente de la Casa del Lago a partir de 1961, y su trabajo constante y decidido logró situar a esta dependencia en una posición de vanguardia en cuanto a la difusión de las distintas esferas del arte y la literatura. En esos mismos años, Juan García Ponce figura como jefe de redacción de la *Revista de la Universidad*, que conoció, sin duda, como ya lo hemos señalado, una de sus mejores épocas. José de la Colina manejaba los cine clubs y Juan José Gurrola el teatro y la televisión universitarios. Inés Arredondo trabajaba en la Dirección de Prensa y Huberto Batis estaba a cargo de la Dirección General de Publicaciones y de la Imprenta Universitaria. Si tenemos en cuenta —como señala Enrique Krauze⁶ que ya para entonces la Universidad había dejado de ser exclusivamente un centro de enseñanza e investigación para convertirse en uno de los principales centros difusores de la cultura del país, no es difícil aceptar que allí, al frente de esa función, que rebasaba los márgenes universitarios y se proyectaba en la escena nacional, la labor del grupo fue decisiva.

Paralelamente a su trabajo universitario, los integrantes de la generación colaboraban en las principales revistas y suplementos culturales del país: la *Revista de la Universidad*, a la que ya nos hemos referido hace un momento; *Cuadernos del Viento*, que dirigían Huberto Batis y Carlos Valdés; *La Palabra y el Hombre*, en la que aparecieron varios de los primeros textos de casi todos los integrantes del grupo; la *Revista de Bellas Artes* y, en fin, la que sin duda constituyó el órgano esencial que permitió reunir, integrar y dar solidez a la Generación de Medio Siglo: la *Revista Mexicana de Literatura* en sus tres épocas: de 1955 a 1958, fundada y dirigida por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo; de 1959 a 1962, dirigida primero por Tomás

⁶ Enrique Krauze, *Caras de la historia*, col. Cuadernos de Joaquín Mortiz, Joaquín Mortiz, México, 1983.